

## **CUATRO VAGONES.**

Las puertas se abren y entro en el vagón. Es un espacio rectangular de unos doce metros. En los laterales hay asientos dispuestos en grupos de cuatro. Cada grupo está separado por puertas automáticas de acceso. Unas barras metálicas unen el techo con el suelo, otras horizontales, también sujetas al techo, recorren el vagón en los tramos donde se ubican los asientos a una altura suficiente para poder agarrarse a ellas en caso necesario. Unas grandes ventanas herméticas terminan de definir las paredes. En los extremos dos puertas de metal con cristales dan acceso a los siguientes vagones. El espacio está iluminado por luces de color azul. Dentro del vagón están sentadas tres personas. Una vestida con pantalones y chaqueta de pana, pelo a la altura de los hombros. En el suelo una cartera de cuero yace entre sus piernas. Está leyendo un libro. El segundo individuo lleva un uniforme gris con botas de trabajo. El tercero está tumbado entre varias sillas, está dormido, se escuchan sus ronquidos. Lleva ropa desgastada y se agarra a una botella de ginebra.

Las puertas se abren y entra un hombre inmaculadamente vestido con traje de oficina. La iluminación del vagón de tonos azulados ilumina su rostro acerado. Se sienta enfrente de mí en uno de los asientos. Si estos asientos pudiesen hablar contarían historias infinitas sobre sus efímeros huéspedes. Las puertas de acceso se cierran con un sonido seco, el compartimento se sella. Miro los grandes ventanales y veo reflejado mi rostro en la oscuridad del túnel, parece estar flotando. Esa oscuridad exterior contrasta con las barras metálicas del interior del vagón. Es un espacio rectangular como toda esta ciudad, las calles, las casas, los autobuses, un mundo de constantes aristas, que parecen encajonar a sus habitantes en sus trabajos, en sus relaciones, en sus vidas. El hombre del traje observa cada detalle de mi persona. Frío, analítico, la realidad en mayúsculas parece dirigirse a mí; un escalofrío recorre mi cuerpo. Esa objetividad tan apabullante me limita.

Me siento como si estuviera frente a un espejo que deforma la realidad, lo que ocurre es que soy yo el espejo deformante, y eso me inquieta pero a la vez reconozco en cada curva reflejada que no debería estar ahí a mi alma soñadora. Aparto la mirada y me concentro en escuchar el sonido de unos ronquidos que provienen del fondo del vagón, un borracho duerme abrazado a su botella como si fuese su tabla de salvación. Quizás lo sea, sus ajadas ropas no parecen cuestionar esta idea, aunque puedo estar equivocándome. Al otro pasajero lo definiría en una sola palabra: gris. Gris por su atuendo, gris por sus gestos, gris por su presencia, gris como esta ciudad. Somos cuatro almas viajando en una cápsula del tiempo por el espacio infinito.

Me incorporo en el asiento. Tengo un resacón del quince. No sé ni dónde me encuentro. Abro los ojos, y la luz daña mis pupilas somnolientas. Parece que estoy en una montaña rusa, todo me da vueltas. Intento concentrarme, veo una especie de túnel cuyas paredes parecen estar hechas de chicle o plastilina, o qué sé yo, el caso es que se mueven, no quieren estar quietas. Intento agarrarme a una barra de metal para levantarme, se me escapa de las manos, mi botella cae al suelo y rueda por el vagón. Es igual, ya está vacía. Me golpeo la cabeza contra la barra y caigo a plomo de nuevo en el asiento. Miro a mi alrededor. Hay tres tipos mirando el circo. Me vuelvo a levantar y camino por el vagón tambaleándome. Me paro frente a uno de ellos y me agarro como puedo a una barra que cuelga no sé de dónde, me quedo mirándole. Parece salido de un anuncio publicitario, traje oscuro sin una sola arruga y el pelo pegado a la cabeza con gomina. Por encima del bien y del mal, eso me dice con su mirada heladora. Desde luego no estoy en su realidad, tampoco es que me importe, la verdad. Me giro y sonrío al de enfrente. Me devuelve una sonrisa compasiva. ¿Quién necesita compasión? Yo desde luego no. Mírale ahí flotando con su ridícula empatía. En el fondo es tan egoísta como el del traje, lo que pasa es que le viene bien sentirse estupendo consigo mismo, qué bueno soy y qué solidario. En

realidad le importo un comino, en cuanto se baje del tren se habrá olvidado, para lo único que habrá servido nuestro encuentro es para reafirmarse en su propio ego. En fin, cada uno se busca las castañas para sobrevivir como puede en esta ciudad gris. Suelto un atronador eructo y decido regresar a mi asiento, la botella ha debido de escucharlo porque se viene conmigo rodando. El tipo de enfrente me mira, todo gris él, mírale, da hasta grima oye. Bueno, por lo menos acabo de ser consciente de que estoy en un vagón. Ya es algo, no sé cómo he llegado hasta aquí, aunque tampoco es que me importe demasiado.

Quedan cinco minutos para que termine el turno, cada día me da más pereza tener que venir hasta aquí. Hoy van pocos, eso que me ahorro de escuchar. Antes me provocaba placer hacerlo sabiendo lo que les esperaba después, ahora cada vez menos. Los pensamientos se parecen demasiados unos a otros, los vagones con ventanas oscuras, barras heladas, y asientos desgastados también. Otros tres ingenuos atrapados sin saberlo. Queda poco, el tren comienza a frenar con un chirrido metálico. Me levanto, ellos también. Llegamos a la estación, el convoy se detiene. A través de los cristales de las puertas se filtra la luz del exterior. Filas de compañeros están en el andén, todos bien ordenados, de uniforme; camisa y pantalones grises, botas negras, como siempre. Las puertas se abren con un sonido de aire a presión, después el silencio invade el ambiente. Salgo del tren. El borracho que va detrás de mí intenta salir pero algo se lo impide. Me mira sin comprender, quizás es el que menos vaya a comprender la situación, todavía está bajos los efluvios del alcohol. Miro a la izquierda, los otros dos están intentando salir pero tampoco lo consiguen. Las puertas se cierran. Comienzan a dar puñetazos en los cristales y a pedir auxilio, nadie les responde. Siguen aporreando las ventanas, sus caras desencajadas, gritan, pero ya no les oigo ni a ellos ni a sus pensamientos, el compartimento está sellado. Un pitido corto señala la salida del tren. La sentencia se ha cumplido, todas sus palabras han sido objeto del taquígrafo. Su delito: convertirse en

personajes de su propia narrativa cegados por la objetividad, la literatura, el sarcasmo. Veo como sus historias se alejan por el túnel otro día más.

Regina Martín Ripoll

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Regina Martín Ripoll'. The signature is stylized with cursive-like flourishes, particularly in the 'R' and the final 'l'.